

El Día
7-OCT-1912
p. 2

El acontecimiento de "la acera" sigue llenando con sus ecos clamorosos toda la actualidad: fué un espectáculo original, algo distinto á lo corriente, y fué una fiesta imponente, resonante y rebosante, un grande y sonado éxito.

La "acera del Louvre" es una institución histórica, algo real y positivo que ya existía, que existía de antaño, con sus anales llenos de actos y de fechas, llenos de vida: ahora lo que se ha hecho ha sido darle "existencia oficial".

La "acera del Louvre" ha venido, como institución, á pesar en la vida pública, á la manera que en algunos países llegan ciertas personalidades á asumir el cargo de Senador: "por derecho propio". Sólo que en eso de senadores por derecho propio suele ser la mucha edad uno de los títulos, y en el derecho propio de "la acera" el título es el de "su eterna juventud".

La "acera" es realmente una institución, una institución histórica nacional; en aquellos muros, aquellas paredes y aquellas columnas está escrita toda entera la historia de Cuba, la historia política, la historia social, la historia mundana, la historia regocijada y galante: "la acera" ha sido campo propio de héroes, de patriotas, de hidalgos, de caballeros y de galanes.

Ese pedacito encantado de la urbe labanera tiene escritas en las crónicas sus memorias. Y hay en las compendiadas páginas heroicas, páginas patrióticas, páginas caballerescas.

"La acera" tiene sus aniversarios, sus efemérides patrióticas, sus efemérides luctuosas, tiene sus héroes, tiene sus mártires, tiene sus glorias, tiene sus muertos, tiene la estela de sus arrestos y gallardías, tiene sus locuras y sus arrebatos, tiene sus alegrías, tiene sus tristezas: tiene de todo menos página de indignidad, menos vileza, menos traiciones, menos alevoasías, menos incidias y arterias. Lo que es indigno ó vil, de allí se "ha despegado" prontamente.

La acera ha dado á Cuba muchos hombres. Y los ha dado en todas las esferas y para todas las manifestaciones de la patria actividad.

Ha dado guerreros, duelistas, escritores, generales, poetas, hombres de ciencia, patriotas, catedráticos, oradores, trovadores, pintores. Y ha dado á torrentes gente galante, animada, decidora y enamorada, enamorada de "la diosa" á que allí se rinde culto: la mujer.

La acera tiene en su escudo, escrita en campo azul esta divisa: "entereza, hidalguía y amor".

Y tiene "la acera" una fuerza, una gran fuerza, la fuerza de algo que vale más que las armas, más que el talento, más que el dinero, más que la palabra, más que el saber: tiene la fuerza dominadora é incontrastable de la SIMPATIA.

De ahí la tremenda atracción de aquel sitio, de ahí la fuerza de imán de aquel lugar: de ahí el formidable arrastre de "la acera".

La simpatía es la gran palanca, el gran poder humano: la simpatía es "la varita mágica".

"La acera", como todos los grandes compendios, ha tenido sus épocas variadas y ha inspirado variadas impresiones.

Ha habido épocas en las que se le ha tenido miedo á "la acera" y épocas en que "la acera" atraía irresistiblemente. Y por lo general siempre, ahora como antes, la acera infunde cierto temor y tiene cierto resorte, "algo que llama, que tira como de un cordelito": es su característica: á "la acera" "se la teme y se la ama".

Pasa como con el mar, como con el mar vivo: cuando está encrespado, cuando las olas se levantan imponentes, cuando parece que amenaza tragarnos, nos alejamos, huimos, pero sólo unos pasos y para volver á acercarnos en seguida. Sobretodo no abandonamos el lugar.

Tiene aquel espectáculo peligro; pero tiene belleza, tiene atracción, tiene vida.

En otra cosa se parece la acera al mar: es en su "eterna juventud."

En el mar las olas se suceden unas á otras; pasan días, meses, años, ciclos, y el mar "no envejece": cada vez que uno se acerca al litoral encuentra allí las olas frescas, nuevas, azules, alegres, juguetonas, formidables y siempre en juvenil actividad dibujando como eterna sonrisa de sus labios la blanca espumilla de las crestas.

Así es "la acera": la acera es eternamente joven; pasan días, años, ciclos, generaciones y de allí brota el mismo aroma de primavera, la misma palpación de

juventud. La "Acera" tiene como el mar una fuente inextinta que la surte, la nutre, la renueva y la sostiene siempre fresca, siempre alegre y siempre joven: cuando uno allí se acerca siente "la frescura de la vida."

¡Pero qué más! Es tal el hábito de juventud que allí se respira, de tal suerte penetra en los pulmones y en el alma, de tal manera queda impregnado en el organismo ó en el espíritu que al través del tiempo, al través de los años, y aun cuando éstos hayan hecho su labor de transformación, siempre se conoce á las personas que han pertenecido á la Acera: les queda algo, la Acera "imprime carácter."

Un gran filósofo y humanista francés afirma, que él nota siempre, invariablemente, en las personas mayores, cualesquiera que sea su condición ó estado "si han tenido una niñez alegre": la alegría, la felicidad en la época de la infancia, dice, deja una huella que no se borra nunca, es decir la infancia alegre "imprime carácter."

«Pues así es "la Acera": es tal su vigor, su intensidad de juventud, que los que en ella han vivido, los que han hecho "su vida", conservan siempre algo que tiene sabor de primavera, algo en que se sienten jóvenes. Se les conoce, se les nota, que han pertenecido á "la Acera"»

Sobre todo la mirada no decae: los que han sido de "la Acera" miran siempre á las mujeres con mirada de eterna juventud. ¡Las miran de una manera....!

Podríamos citar tantos nombres.... Y en seguida todo el mundo, diría: ¡y es verdad! Pero no: ya muchos, casi todos están casados (porque los de "la Acera" á pesar de su guapería todos caen) y no les gustaría á sus medias naranjas esa secuela, ese "oréo" de eterno mirar y eterna juventud.

Por lo demás los de "la Acera" suelen "al final" (cuando se casan) ser buenos maridos.....

Esa es la acera social, la acera mundial, la acera histórica, la acera contemporánea, animosa y animada, noble y galante, alegre y simpática, llena de vida, de juventud y de atracción.

Ahora tenemos en acción á la "Acera política", á la "Acera conjuncionista."

¿Ha habido toque y llamada para salvar la patria? Pues ahí están "los muchachos": los de ahora y los de antes, todos los que pertenecieran á la grata, sin par comunidad.

Y donde ellos van, se arrastra de malilla: esa es una ola que todo se lo lleva por delante, tienen un doble poder, atracción y energía, alientos y simpatías.

"La Acera" forma un contingente arrollador: es el "tercio táctico" de las fuerzas de combate.

Son los coraceros de Napoleón (de Menocal): es la guardia imperial que "muere pero no se rinde."

Con "la Acera" en acción, no hay forros: no hay quien se atreva. Ellos procurarán no hacer daño á nadie pero no "permitirán" suplantaciones ni votos falsos: al que lo intente, por lo menos "lo mantean", como en la época de los trovadores y los sucesos de la andante caballería.

La "Acera" es la vanguardia de la victoria: ¡Cómo que están acostumbrados á vencer fortalezas de amor!

Antenoche cuando dieron su gran fiesta, entre banderas, luces, cantos, músicas y bajo el palio azul del claro cielo, se veía á Martí, de piedra, con el dedo extendido, dándoles la señal: ¡á Palacio!

Y "á Palacio", detrás de la vanguardia de la eterna juventud va toda Cuba.

No es posible hablar de "la Acera" sin hacer memoria ó mención de algunas de sus figuras más salientes, de aquellos que más llevaron el "sello clásico del típico rinconcito."

Producto de "la Acera" fueron Julio Sanguily, apuesto, valeroso y galante, Alberto Jorrín que murió valientemente en un duelo, Panchito Varona Murias, que cayó cara al enemigo, en el ingenio Santa Amelia luchando cuerpo á cuerpo por la Independencia patria; producto de "la Acera" fueron Paco Silva y Marolo Rodríguez Alegre, dos jóvenes llenos de vida y simpatía, dos claveles, que rindieron su existencia en la catástrofe del 17 de Mayo (la de los bomberos). Producto de "la Acera" fueron los inolvidables Bernardo Soto Estorino (Sotico), Arturo Mora, Pedro Pablo Guilló, y tantos otros.

Y entre los vivos, aunque ya en "la reserva", ahí está el general camagüeyano jefe de la terrible caballería de Puerto Príncipe, Manuel Suárez, que fué hechura de "la Acera", ahí están Colín de Cárdenas y Pancho Montalvo, los dos "plantados" en los cuarenta, ahí está el queridísimo Pepe Jerez, Pepe Ebra, Andrés Hernández, Alfredo Arango, Paco Romero, Pablo Mazorra, Ramón Hernández, y tantos más todos usufructuarios de la simpatía que á "la Acera" ha dado fama, lustre y esplendor y que constituye la prosapia de ese cubanísimo lugar.

Figura y blasón de "la Acera" es Antonio Escobar el insigne escritor y gran periodista, "el maestro", que escribe con tinta de rosas y jamás manchó su pluma con nada que no fuese talento, gracia y nobleza: de "la Acera" era el célebre corredor "Ratica".

Y ahí está en activo servicio, todavía en el escalafón, el Mariscal Eugenio de Santa Cruz de Oviedo, Conde de Monpox y de Jaruco tan campechano y tan de

mócrata; ahí está Pepe Stramps, tan noble y tan valiente, hombre hecho de tempestad que se desata y brisas que juguetea, alma de niño con zarpa de león; ahí están "Villita", Emilio Bolívar, Paquito Guzmán, Luis Toraya y el "bisco Guilló".

"La Acera" tiene hasta su "Tiburón": es Pepito Alba.

¡Cómo estaba antenoche "de mujeres" la calle de San Rafael! Las vidrieras de las tiendas temblaban al contacto de las ondas que ellas iban dejando al pasar.

Y los de "la Acera" tan orondos, diciendo: "han venido por nosotros".

Hubo uno que al mirar aquellas "guirnaldas" exclamó muy campante: "es natural, la sogá tras el caldero".

Ellos creen que el caldero son "ellos" y que la sogá son "ellas".

Por eso cuando uno vá á casarse lo notifica á los demás diciéndole á cada uno: "chico, mañana me ahorco".

Pero la procesión anda por dentro: es ideal ahorcarse "con esas sogas": esas sogas son las únicas que tienen fuerza bastante "para arrancar á los muchachos, de "la Acera".

Todas las demás se rompen: esa se los lleva: todos los "retirados" han sido pescados con esa sogá.

Parecen de seda, endebles, finitas. ¡Y cómo tiran!

Bendito, bendito y alabado sea ese "cufrican": sin ellas si que sería cosa de ahorcarse de verdad.

ACERA DEL LOUVRE

HAY en cada ciudad una plaza, una calle o un paseo que viene a ser como el resumen de su carácter, como el compendio o cifra de su existencia.

En Londres Hyde Park, en París los bulevares, en Venecia la plaza de San Marcos, en Madrid la Puerta del Sol, en la Habana... la Acera del Louvre.

Suprimid con el pensamiento cualquiera de estos lugares, consagrados por el aura popular, embellecidos por la leyenda, y habréis quitado a las ciudades la mitad de su prestigio.

No hay en ellos que mirar su aspecto material; pueden ser elegantes o vulgares, amplios o reducidos; lo importante, lo que los eleva y prezoniza es su aspecto psicológico.

Hyde Park es la sublimación de la severa y rígida aristocracia londinense, nervio y base de su admirable gobierno; San Marcos representa toda una época de esplendor y de fausto, de ciencia y de arte; la Puerta del Sol es la expresión más neta de esa raza alegre y descuidada que se entrega perezosamente a las veleidades de la fortuna; la Acera del Louvre el esponente fiel del carácter frívolo y

decidor, pero, a la vez, valeroso y resuelto de los cubanos.

¿Cuándo surgió a la vida esa institución, que ese nombre y no otro merece la "Acera", centro galante y político, teatro de amores y de odios, de gallardías caballerescas y de franquichelas juveniles?

¿En qué momento surgió en nuestra vida? ¿Es antigua? ¿Es reciente?

De su edad puede dar testimonio su propio nombre. La "acera del Louvre", no tiene en la actualidad Louvre alguno a que referirse. El café de ese título que se alzaba junto a ella, desapareció hace veinticuatro o veinticinco años para dar plaza al café de Inglaterra.

En aquella época, tenía la "Acera" detrás de sí, un vetusto caserón de dos pisos, sin arcos ni soportales. A su derecha, el teatro de Tacón mostraba su techo de caballete, y un poco más allá, el café de "Los Voluntarios", servía de punto de reunión de los antiguos comerciantes españoles que, disfrazados de militares, jugaban diariamente a los soldados.

La estatua de Isabel II, daba la espalda al Louvre, sobre su prismático pedestal y en los ángulos del Parque, dormitaban los mismos leones que hoy dan a aquel pasaje una nota de anacronismo.

Más lejos, en el fondo, encerradas detrás de una valla de madera desvencijada y sucia, las llamadas "ruínas de Zulueta", es decir los primeros trabajos de cimentación del edificio conocido ahora por "la manzana de Gómez".

En la casa del "Centro Asturiano" habitaba entonces, el Casino Español. El constructor del canal de Vento, aún no había sido honrado con una estatua. No existían los edificios de la calle de Neptuno, esbeltos y bien proporcionados que contemplamos ahora, sino unas casuchas feas, cuyos tejados recordaban las posadas viejas y destartaladas de los caminos reales.

En ese escenario, tan distinto del actual, se fundó la "Acera del Louvre", a la que hemos de consagrar algunos artículos, suscitando memorias pasadas, en estrecha relación con nuestra vida pública y privada.

Los jóvenes de entonces—exjóvenes ahora—nos han dado pormenores interesantísimos que iremos distribuyendo al lector lentamente, como las madres previsoras dan en pequeñas dosis las golosinas a sus hijos, para que sea en ellos más duradero el placer y menos ocasionado a indigestiones.

Por este cinematógrafo retrospectivo desfilarán anécdotas amorosas, lances de honor, conspiraciones políticas, cuanto dió en otro tiempo pábulo a la vida de la "Acera", donde aún parecen flotar con las tintas melancólicas del recuerdo, aspiraciones, ideales, y arrestos valerosos, en confusa mezcla con desencantos, tristezas y tumultos.